

## Laboratorios de la mediatización

La experimentación con materiales mediáticos, la teoría y la crítica cultural argentina, 1965-1978

Bearbeitet von  
Guillermo Olivera

1. Auflage 2011. Taschenbuch. X, 354 S. Paperback  
ISBN 978 3 0343 0201 2  
Gewicht: 510 g

[Weitere Fachgebiete > Philosophie, Wissenschaftstheorie, Informationswissenschaft > Wissenschaft und Gesellschaft | Kulturstudien > Kulturwissenschaften: Allgemeines und Interdisziplinäres](#)

schnell und portofrei erhältlich bei

  
DIE FACHBUCHHANDLUNG

Die Online-Fachbuchhandlung [beck-shop.de](http://beck-shop.de) ist spezialisiert auf Fachbücher, insbesondere Recht, Steuern und Wirtschaft. Im Sortiment finden Sie alle Medien (Bücher, Zeitschriften, CDs, eBooks, etc.) aller Verlage. Ergänzt wird das Programm durch Services wie Neuerscheinungsdienst oder Zusammenstellungen von Büchern zu Sonderpreisen. Der Shop führt mehr als 8 Millionen Produkte.

# Introducción

Hay, en este sentido, un fenómeno recurrente: es siempre el caso “anómalo” o “periférico” el que revela lo que no aparece inmediatamente visible en casos aparentemente más “normales”.

— LACLAU, 1993: 171

## 1. Objetivos del presente estudio y estado de la cuestión

El presente estudio se propone explorar y analizar la singular producción de ideas y teorías sobre el proceso de mediatización y la cultura mediática – algunas de las cuales sólo alcanzarían prominencia en el campo de los Estudios Culturales y Mediáticos en los así llamados países occidentales durante los años noventa y en el nuevo milenio – en un *locus* periférico como la Argentina durante la segunda mitad de los años sesenta y la primera mitad de los setenta. Para lo cual, el volumen ofrece un estudio detallado de, por un lado, el trabajo experimental y teórico-conceptual realizado en torno al arte *pop*, los (anti)happenings y el arte mediático en el marco del Instituto Di Tella en los años sesenta, y de, por otro lado, los debates teóricos y críticos entablados durante los setenta entre dos revistas y dos proyectos intelectuales especializados en el campo de las comunicaciones y la cultura de masas: *Lenguajes y Comunicación y cultura*. De lo que se trata es de identificar algunas líneas de regularidad en la dispersión de todos estos textos, prácticas y materiales culturales heterogéneos, es decir, ciertas regularidades discursivas y argumentativas que en este estudio denomino “discurso de la mediatización”, situándolas al mismo tiempo dentro de un contexto general de discursos críticos dominados por el discurso de la dependencia. En este sentido, el trabajo que aquí se presenta ofrece una aproximación inusual y singular a la aún inexplorada contribución argentina a la genealogía de un

discurso y de un concepto que es central a la Teoría Mediática y Cultural contemporánea: el concepto de *mediatización*. La conferencia inaugural de Sonia Livingstone (2009) en el Congreso Mundial de la Asociación Internacional de Comunicación [ICA / *International Communication Association*] realizado en 2008, versó precisamente sobre los conceptos de mediación y mediatización como interculturalmente centrales a la Teoría Mediática y Cultural del presente.<sup>1</sup> Dentro del contexto actual de debates internacionales e interdisciplinarios sobre la mediatización,<sup>2</sup> la investigación que aquí se presenta intenta demostrar que las obras de arte experimentales, las reflexiones críticas y los debates analizados anticiparon algunos de los conceptos y argumentos claves del pensamiento contemporáneo post-estructuralista y semiótico-construccionista sobre los medios, tales como las nociones derridianas de ‘artefactualidad’ y ‘actu-virtualidad’, el concepto de ‘medio de comunicación’ de Ian Angus, los desarrollos socio-semióticos sobre el concepto de mediatización elaborados a partir de los años ochenta en adelante, y la teoría de la estructuración de Anthony Giddens.

La mayoría de los trabajos existentes en el campo de la Historia de los Estudios Culturales y Mediáticos Latinoamericanos – y aun de la Historia Intelectual o Historia de las Ideas Latinoamericanas – que se ocupan del periodo bajo consideración en este libro tienden a concentrarse en diferentes versiones de la teoría de la dependencia como *la* teoría social, cultural y/o mediática más representativa y singular producida en la región durante la segunda mitad de los años sesenta y la primera mitad de los

- 1 La ponencia se titulaba ‘On the mediation of everything’, y subsecuentemente fue publicada por el *Journal of Communication*, revista oficial de la ICA, en marzo de 2009.
- 2 Los debates contemporáneos sobre este concepto en el campo de los Estudios Mediáticos y Culturales, y su centralidad y actualidad dentro de estos campos disciplinarios, pueden rastrearse en publicaciones recientes tales como el libro editado por Knut Lundby (2009), titulado *Mediatization: concept, changes, consequences*, o el volumen editado por Hepp, Krotz, Moores y Winter (eds.) *Connectivity, Networks and Flows: Conceptualizing Contemporary Communications*. (2008), los diversos trabajos de Friedrich Krotz, los textos de Hjarvard (2008) sobre mediatización tales como “The mediatization of society. A theory of the media as agents of social and cultural change”, o los artículos de Schulz sobre la materia como por ejemplo, “Reconstructing Mediatization as an Analytical Concept” (2004).

setenta. Tales versiones y consideraciones meta-críticas sobre el desarrollo de las ideas y de los modos de la crítica cultural en estos campos de estudio se derivan de la centralidad primordial atribuida a la teoría y al discurso de la dependencia a partir del análisis de textos críticos ya consagrados – y a esta altura “canónicos” – tales como *Para leer el Pato Donald*,<sup>3</sup> o del estudio de proyectos intelectuales y editoriales claves en la región como la revista *Comunicación y cultura*.<sup>4</sup> En términos generales, las lecturas de la producción crítico-cultural de este periodo han estado hegemonizadas por la centralidad y dominancia que la teoría de la dependencia y el discurso de la dependencia cultural efectivamente ejercieron en el campo crítico – tanto en las ciencias sociales como en la crítica de la cultura – no dejando ver y aun no reconociendo otras formas de pensar la cultura mediática y el rol fundamental jugado por los medios en los procesos de modernización latinoamericanos. Uno de los objetivos de este estudio es precisamente poner en cuestión, o al menos problematizar y relativizar estas lecturas, a través de dos operaciones. Por un lado, mediante la presentación de – y el consiguiente desplazamiento de la atención del lector – una forma epistemológica y argumentativamente diferente de pensar los medios y la cultura mediática: un modo alternativo de concebir estos procesos que estaba emergiendo en la Argentina durante el periodo 1965–1978. Por otro lado, a través de un análisis de su significación teórica, cultural y política, y de su legado. Este nuevo, emergente conjunto de ideas sobre la cultura contemporánea, producidas en un contexto de “modernidad periférica” (Sarlo, 1988, 1992a) es lo que designo en este trabajo “discurso de la mediatización”, y puede ser rastreado en las experimentaciones estético-conceptuales con materiales mediáticos llevadas a cabo por artistas e intelectuales ligados al Instituto Di Tella en Buenos Aires. En este sentido, uno de los objetivos principales de este estudio es leer dichas experimentaciones ditellianas de los sesentas y los debates especializados entre las revistas *Lenguajes y Comunicación y cultura* durante los setenta, como un momento altamente auto-reflexivo y pionero en la temprana genealogía de los actuales conceptos

3 Por ejemplo, el importante libro *Cultural Imperialism* de John Tomlinson (1991).

4 Por ejemplo, el libro *Revista Comunicación y cultura. Itinerarios, ideas y pasiones* de Víctor Lenarduzzi (1998) [1997].

post-metafísicos de “*medio*” y de “*mediatización*”, en tanto herramientas que permiten comprender un proceso cultural y societal ubicuo que atraviesa tan íntegramente nuestras sociedades, que ya no puede sino pensarse como constitutivo de ellas a nivel de su estructuración.

Respecto del *locus* periférico de producción de estas ideas y obras de vanguardia, nos interesa aquí pensar y trabajar en la línea que concibe no *una* modernidad, sino una multiplicidad de modernidades (Giddens) en espacios tanto centrales como periféricos, y sobre todo en la posición privilegiada de los márgenes para producir no solamente excelentes textos, obras y artefactos culturales propios, sino también ideas, teorías y saberes tan singulares como universales. En este sentido, Longoni y Mestman (2004: 165; 172) han señalado el carácter “único y presciente” de las lecturas y cruces efectuados por Oscar Masotta de las teorías europeas y norteamericanas más diversas, vinculándolo al hecho – poco común en un país “central” – de que estas teorías tan heterogéneas en sus orígenes y distantes en sus tradiciones fueran puestas en relación de un modo productivo en un país “periférico” como la Argentina, como un hecho en sí mismo altamente significativo. Lo mismo podría decirse de Eliseo Verón con su proverbial movilidad y mezclas tanto disciplinarias como de tradiciones intelectuales nacionales: estructuralismo francés, teoría sistémica de la comunicación norteamericana (Palo Alto), sociología del conocimiento, Frege y Peirce. Incluso en estos intercambios complejos y contradictorios entre centros y márgenes económicos y culturales es interesante observar que los ditellianos, luego de introducir e “importar” (tardíamente) un género europeo y norteamericano como el happening, producen, desde los márgenes del sistema de producción teórica y estética internacional, tal como lo plantea Longoni (2005: 28–29), el arte de los medios “como una tendencia superadora del happening con *epicentro* en Buenos Aires.” Coincido con estas apreciaciones, y es mi intención en este estudio desarrollar y profundizar sobre la productividad de estos cruces y articulaciones tan singulares como universales, de teorías tan diversas y heterogéneas como *vanguardistas*, pero concentrando estos desarrollos, cruces e hibridaciones en el campo de las ideas. Es decir, mi foco serán sus aspectos específicamente conceptuales, argumentativos y teóricos – antes que estéticos o histórico-culturales – para buscar allí, en esos cruces e hibridaciones de saberes consagrados en

el centro, e importados, emulados, mezclados, usados y reinventados en la periferia – a la manera del *bricolage* que Masotta (1967b) tanto como Barthes (1964) y Lévi-Strauss (1962) celebraron– una de las tramas olvidadas del concepto postmetafísico de mediatización.

Es debido a lo que acabo de remarcar en el párrafo anterior que considero crucial estudiar y analizar no sólo la creación artística y literaria, sino también la producción de conocimientos, ideas, teorías y filosofía desde los márgenes, o como lo ha expresado con claridad Claudio Canaparo (2009) en su *Geo-epistemology. Latin America and the Location of Knowledge*, tomar a América Latina no simplemente como un objeto de estudio, sino como una perspectiva, y como una perspectiva no sólo cultural sino *epistemológica*. Es sintomático y revelador, en este sentido, la relativa escasez de estudios sobre la crítica cultural latinoamericana, y mucho menos, que tomen por perspectiva o aun por objeto *la producción latinoamericana de conocimientos, ideas o teorías*, sobre todo si consideramos lo escrito y publicado en Europa o los Estados Unidos. Es en este sentido que *Latin American Cultural Criticism. Re-Interpreting a Continent*, de Patricia D'Allemand (2000) fue una contribución fundamental en el campo del hispanismo británico, o *Cultural Imperialism* de John Tomlinson (1991) en el campo de los Estudios Culturales y Mediáticos, sobre la producción de teorías culturales producidas en América Latina y el Tercer Mundo. En el caso del campo intelectual argentino, hay, sí, cierta tradición ya establecida de estudios sobre la producción intelectual crítica, sobre todo en los campos de los estudios sobre crítica literaria, historia de las ideas y sociología del conocimiento y del campo intelectual. De todos modos, es importante destacar empresas intelectuales como, por citar algunas de las más importantes y relevantes a este estudio, las de Beatriz Sarlo (2001), Eliseo Verón (1974a, 1974b), Silvia Sigal (1991), Oscar Terán (1986, 1987, 1993, 2000, 2008), Silvia Delfino (1993), Víctor Lenarduzzi (1998), Alicia Entel, Víctor Lenarduzzi y Diego Gerzovich (1999) o el volumen colectivo *La irrupción de la crítica*, editado por Susana Cella (1999), dentro de una colección mayor dirigida por Noé Jitrik. El presente estudio se inscribe en esta línea de reflexión sobre la producción de ideas y teorías *desde* América Latina, sobre su importante y singular productividad teórica, y pretende ser una contribución en este sentido.

A diferencia de la mayoría de los trabajos existentes sobre la labor intelectual y artística del Instituto Di Tella que son históricos, estéticos o político-culturales en su perspectiva<sup>5</sup> y más bien generales en su foco, el presente estudio se concentra, en cambio, en un número limitado y cuidadosamente seleccionado de prácticas experimentales y textos críticos *en función de su relevancia respecto del discurso de la mediatización*: happenings, antihappenings, ambientaciones, obras comunicacionales y discusiones teórico-críticas en torno al *pop art*, la historieta, el arte de los medios y la cultura mediática. En esta área temática específica de investigaciones, parece faltar un libro centrado en las contribuciones específicamente teóricas que tanto las experimentaciones y conceptualizaciones ditellianas como los desarrollos de la revista *Lenguajes*, efectuaron a la Teoría Mediática, y a través de ella, a la Teoría Cultural contemporánea. Este estudio intenta llenar este vacío ofreciendo una serie de análisis detallados de aquellas obras ditellianas que experimentaron con materiales mediáticos y de los textos que reflexionaron sobre ellas, concentrándose, a su vez, en la *teoría mediática producida tanto por las obras mismas como por las conceptualizaciones críticas* asociadas a ellas. El presupuesto subyacente de una tarea tal es, obviamente, que *hay teoría* – esto es, pueden leerse conceptos y argumentos – *en el interior mismo tanto de las obras como de la crítica*, y que estas teorías no siempre necesariamente coinciden con lo explícitamente declarado, expuesto o teorizado por sus autores, o en todo caso, que estas *obras y textos* críticos dejan leer teoría(s) en su interior, más allá de lo que sus autores intentaron o quisieron hacer con ellas.

- 5 Desde la perspectiva de la Historia Cultural, se pueden mencionar el libro seminal de John King (1985) *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, o el texto más reciente de Laura Podalsky (2004) titulado *Specular City. Transforming Culture, Consumption and Space in Buenos Aires, 1955–1973*. Desde diferentes perspectivas político-culturales que concentran su foco en el vínculo entre estética y política pueden citarse los importantes trabajos de Longoni y Mestman (2000) (*Del Di Tella a “Tucumán Arde”. Vanguardia artística y política en el 68 argentino*), de Andrea Giunta (2001) (*Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*), y de Guillermo Fantoni (1998) (*Arte, vanguardia y política en los años 60. Conversaciones con Juan Pablo Renzi*).

El presente trabajo contiene, además de los análisis específicos mencionados, una sistematización crítica y una síntesis de la producción crítico-cultural que constituye su objeto de análisis, y puede leerse también como un estudio exploratorio sobre el campo crítico-cultural del periodo, en la medida en que pone en relación los análisis específicos que son su objeto principal de estudio en relación con otros análisis críticos, lecturas interpretativas e investigaciones históricas sobre el tema provenientes de diversos campos disciplinares. Pero su principal aporte reside quizás en su perspectiva analítica, esto es, en las operaciones de inversión y desplazamiento según la lógica discursiva del sistema conceptual desde el cual se analiza el corpus: el discurso de la mediatización, concentrándose en este último, pero poniéndolo también en estrecha relación comparativa con el discurso de la dependencia como contexto discursivo de emergencia del primero.

## 2. Contextos

### 2.1. *La Argentina entre 1955 y 1976*

El recorte histórico de los objetos culturales y procesos intelectuales que se analizan en este estudio corresponde al periodo comprendido entre 1965 y 1978, pero representa una zona específica de la producción del campo cultural que los historiadores periodizan como 1966–1976, es decir el periodo de la Historia Argentina enmarcado por los golpes de estado de 1966 y 1976. Diversos autores coinciden en esta periodización (Cavarozzi, 1997, Romero, 1994) que pone en el golpe de estado de 1966 un punto de inflexión en el proceso histórico argentino capaz de dividir las dos décadas posteriores a la caída de Perón: 1955–1966 y 1966–1976.

Con el golpe de Estado de 1966, lo que cae es el sistema “semi-democrático” (Cavarozzi, 1997: 13) o de democracia limitada que se había mantenido precariamente desde 1955, y el equilibrio relativo del “empate” (Romero, 1994), es decir, la negociación permanente entre las diferentes fuerzas económicas y políticas. De modo que, a partir de 1966, el sistema

se define a favor del autoritarismo (en desmedro de la democracia), y a favor del corporativismo (contra el sistema de representación política). Desde el punto de vista económico, el empate característico del periodo anterior se define, en 1966, a favor de los grandes empresarios y del capital extranjero. El gobierno de la Revolución Argentina se extiende entonces desde 1966 hasta 1970; liderado por el General Onganía (1914–1995), representa el triunfo de *la nueva derecha*: autoritarismo, burocratismo, corporativismo y nacionalismo tradicionalista fueron las características centrales de un gobierno que se propuso, al decir de Romero (1994: 232), liquidar “las formas políticas del liberalismo” para reemplazarlas por otras, “naturales, orgánicas, jerárquicas”. Burocracia autoritaria y tecnocrática que Cavarozzi (1997: 36) ha definido como la “suplantación de la política por la administración”.

En el terreno cultural, el gobierno de la Revolución Argentina se destacó por su extremo autoritarismo: censura y represión, clausura de actividades culturales y secuestro de publicaciones periódicas estuvieron al orden del día. La violenta intervención de la Universidad de Buenos Aires en julio de 1966 – conocida como “la noche de los bastones largos” – es un símbolo del autoritarismo contra la cultura, e inauguró un nuevo ciclo en la historia cultural argentina: determinó la retirada de los intelectuales de la escena universitaria – y en muchos casos, de la propia escena cultural – hacia la política, o más bien, una redefinición del campo cultural según la cual, como lo han señalado diversos autores (Panesi, 1985; Sigal, 1991; Terán, 1993), “hacer cultura” se tendió a identificar cada vez más con “hacer política”.

Desde el punto de vista social, el año 1968 es clave en la medida en que señala el “fin de la *pax romana*” (Romero, 1994: 238) del onганиato, al tiempo que marca el comienzo de la “emergencia contestataria” en los movimientos sindical, estudiantil, urbano y rural en general. Y es esta emergencia contestataria la que dará la tónica a la ola de movilizaciones sociales que caracterizará al período que va de 1968 a 1975. El desarrollo de un sindicalismo clasista y antiburocrático, y de un movimiento estudiantil contestatario y radicalizado, conjuntamente con la agregación de una movilización social generalizada alrededor de reivindicaciones democráticas ligadas a la vida cotidiana, fueron las condiciones de posibilidad de las grandes jornadas de protesta – cuyo paradigma fue el Cordobazo (29/5/69) – que

se extendieron a lo largo del país durante fines de los sesenta y principios de los setenta: Rosario (Rosariozo), Cipolletti, Córdoba (1971), Neuquén, General Roca, Mendoza (julio de 1972) (Romero, 1994: 241–243). Lo que estaba por detrás de todo este clima de fuerte agitación social, era un “imaginario popular” que simplificaba el espacio social en dos campos antagónicamente enfrentados: el poder autoritario y represivo contra “el pueblo”. Ideologías tan diversas como el nacionalismo peronista, el catolicismo tercermundista o el marxismo revolucionario en sus distintas versiones postulaban este imaginario popular-democrático al cual, siguiendo a Laclau y Mouffe (2001: 122–134; Laclau, 1988), podríamos caracterizar como un predominio de la lógica de la equivalencia y del antagonismo, por sobre el de la diferencia.

Frente a estas tensiones dentro del régimen de “empate” que beneficiaba en última instancia a los grandes empresarios y al capital extranjero – en desmedro de los demás sectores –, se va formando, entre los intelectuales, una corriente crítica radicalizada que diversos autores (Terán, 1993; Sigal, 1991) denominarán la “nueva izquierda”. Articulado alrededor del concepto de *dependencia*, el periodo 1955–1966 es formador para estos intelectuales, quienes saldrán de las universidades para, en 1966, plantearse diversas alternativas de compromiso político por fuera de las instituciones democrático-burguesas. Esta politización radicalizada emergió con el fracaso, en América Latina, de las teorías y planes de modernización tales como la Alianza para el Progreso, y de la convicción de que las transformaciones deseadas no eran una cuestión meramente económica, institucional ni científico-tecnológica – esto es, no eran una cuestión de “desarrollo” – sino fundamentalmente política y de cambios estructurales. Así, ya en 1966 las diversas alternativas que se le planteaban a la nueva izquierda giraban alrededor de diversas formas de la lucha armada (Terán, 1993: 136).

## 2.2. *Intelectuales y campo cultural*

Para comprender el funcionamiento del campo cultural durante el periodo considerado, se hace necesario conocer primero la formación de la generación intelectual quizás más importante que actuó durante el mismo: la así llamada *nueva izquierda argentina*. Los años de formación de esta

generación de intelectuales críticos se extendieron entre 1955 y 1966, es decir durante la década inmediatamente anterior al periodo que nos ocupa. Es importante detenernos en esta generación en la medida en que muchos de los intelectuales cuya producción se analiza en este estudio pertenecieron a ella y tuvieron sus años formadores durante el periodo 1955–1966, esto es, a partir de la caída de Perón en septiembre de 1955. Tanto Oscar Terán [1938–2008] (1993) como Silvia Sigal [1939– ] (1991), siguiendo periodizaciones similares, ofrecen estudios pormenorizados de tal generación en el marco del campo cultural y político en tal periodo: me apoyaré en estos dos estudios seminales de historia intelectual argentina para ofrecer una contextualización lo más sistemática posible que ayude a situar y comprender histórica e intelectualmente los análisis específicos que se presentan en los capítulos que siguen. Lo que sigue, entonces, no es más que una *sistematización* de los aportes más pertinentes de estos autores a los fines tanto de contextualizar mi propio trabajo sobre el discurso de la mediatización en la Argentina de los sesenta y setenta, como de establecer un punto de partida para comprender su emergencia y tensiones en el marco de un contexto intelectual crítico dominado por la teoría y el discurso de la dependencia.

En términos generales, el periodo 1955–1966 se caracterizó, desde el punto de vista cultural, por la formación y reconstitución de un campo intelectual crítico alrededor de la universidad postperonista y de algunos espacios culturales privados que reemplazaron al *establishment* peronista anterior (Sigal, 1991: 83–123; Romero, 1994: 218–220), pero cuyo anti-peronismo se articuló desde la ciencia o desde las vanguardias artísticas. En ambos casos fue la modernización, tanto científica como estética, aquello que llevó a los intelectuales a abrirse a los nuevos paradigmas vigentes en el mundo: como casos paradigmáticos, las teorías científico-sociales de la modernización – de la mano del accionar de Gino Germani en la Universidad de Buenos Aires – y la labor del Instituto Di Tella. A principios de la década del sesenta Silvia Sigal (1991), por ejemplo, distingue dos modalidades de vinculación de los intelectuales respecto de sus actividades culturales. Por un lado, destaca Sigal (1991: 117), la “excesiva seguridad”, de quienes se reconocen en las nuevas identidades profesionales e institucionales: las ciencias sociales desde la universidad y los institutos de investigación, el

psicoanálisis con la conformación de la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina), la vanguardia estética ditelliana, por citar los grupos más significativos. Oscar Masotta (1930–1979), Eliseo Verón (1935–), Robero Jacoby (1944–), Marta Minujín (1943–) y los demás artistas e intelectuales ligados al Instituto Di Tella – que serán foco de atención en este estudio – serían ejemplos de este primer grupo identificado por Sigal. Por otro lado, la socióloga argentina distingue un conjunto de “intelectuales progresistas sin partido o crecientemente contestatarios” dentro de sus propios partidos (121) que se abocan a la autocrítica, la búsqueda de su propia identidad y la reconsideración del peronismo. Como ejemplos de este segundo grupo, Sigal menciona la crítica sociológico-literaria agrupada en la revista *Contorno* (con figuras como Sebrelí, Ismael y David Viñas, entre otros), el cine de los autores de la generación del sesenta, el nuevo realismo del teatro independiente y diversas publicaciones periódicas sobre cultura y política.

Oscar Terán (1993: 95) define a esta “nueva izquierda intelectual” argentina por oposición a la anterior izquierda tradicional, es decir como aquella generación que “o bien rompía o bien nacía desde el vamos separada del tronco de la izquierda tradicional conformado básicamente por los partidos Socialista y Comunista”: su vocación inicial fue la crítica, la denuncia, la impugnación o la contestación de las tradiciones heredadas, tanto del marxismo tradicional como del peronismo y del cosmopolitismo liberal (Cf. Terán, 1993: 91–92). Sus características fundamentales fueron su determinación de pensar la cuestión nacional desde la izquierda, la expansión del marxismo, el énfasis que ponían sobre el antiimperialismo – esto es, la lucha de clases entendida en clave antiimperialista –, su fuerte voluntarismo y su humanismo. Siguiendo a Terán, los modelos de intelectual se recortaban entonces entre dos figuras: la sartreana del intelectual comprometido, y la gramsciana del intelectual orgánico (Cf. Terán, 1993: 11). Si esta generación de letrados tuvo entre 1955 y 1966 su etapa de formación, entre 1966 y 1976 encontrarán su momento de importante producción intelectual a la vez que de fuerte politización e ideologización en un contexto en el cual los debates intelectuales, teóricos y políticos alcanzaban altos niveles de intensidad y polarización.

Para comprender la importancia de la emergencia y difusión que la teoría de la dependencia asumirá dentro del contexto argentino durante los sesenta y setenta, resulta necesario tener en cuenta la formación y trayectoria de esta nueva izquierda intelectual que desplaza la articulación histórica del marxismo argentino con el liberalismo más o menos modernizante y europeizante, hacia diferentes versiones de lo nacional popular. En este sentido, resulta iluminadora la interpretación que proporciona Terán de esta generación: profundamente críticos del “desfasaje entre izquierda y populismo” propio de la década peronista (1945–1955) y de la alineación liberal de la izquierda argentina durante aquel periodo, estos intelectuales ponen en primer plano la *cuestión nacional*, que parecía haber estado denegada por el antiperonismo histórico de la izquierda argentina anterior. Para lo cual, señala Terán, recurren a la teoría del imperialismo de Lenin y a Gramsci. Del primero toman la idea de que “la patria es el factor más poderoso en la lucha de clases del proletariado” (Terán, 1993: 91). Gramsci, por su parte, había sido introducido por el intelectual comunista Héctor Agosti ya en 1950, y en los sesenta es retomado por los jóvenes expulsados del Partido Comunista que fundan en Córdoba la revista *Pasado y presente*. En ellos la categoría gramsciana de lo nacional popular es utilizada para repensar la experiencia peronista desde la perspectiva de una izquierda nacional. Terán (1993: 92) toma, así, de Ismael Viñas la caracterización de estos intelectuales como “nacionalistas marxistas”.

Otro punto importante – también enfatizado por Oscar Terán – de la crítica que realiza la nueva izquierda respecto del marxismo ortodoxo de las generaciones anteriores fue el antietapismo. Éste consistió en cuestionar el modelo marxista eurocéntrico del desarrollo de la historia argentina y latinoamericana “por etapas”: feudalismo-capitalismo-socialismo. Frente a tal modelo, la nueva izquierda trata de pensar la especificidad del desarrollo latinoamericano a partir de otra categoría marxista, el “modo de producción asiático”, dejando así de lado el evolucionismo lineal de la izquierda tradicional en la interpretación de la historia local. Tanto el siglo XIX como el peronismo fueron reinterpretados desde la especificidad nacional a la luz de un antietapismo que se articularía luego bastante coherentemente – como veremos en el primer capítulo – con la teoría de la dependencia (Terán, 1993: 132).

Pero si los marxistas jóvenes se nacionalizan (Terán, 1993: 101), paralelamente *el marxismo se expande* también durante este periodo a otros grupos de intelectuales provenientes del existencialismo, o incluso de fuera de la izquierda como significativamente el cristianismo o el nacionalismo (101–104). El marxismo en sus más diversas versiones y posibilidades combinatorias fue una verdadera convicción de época para los sectores progresistas en su conjunto. Si bien es cierto que la nueva izquierda intelectual argentina fue una generación que rompe con el marxismo ortodoxo, también hay que afirmar que los diversos marxismos asumen durante este periodo una extensión inusitada, siendo el “*humanismo*”, como señala Terán (1993: 105) aquel punto de pasaje desde las más diversas procedencias intelectuales – cristianismo, nacionalismo, existencialismo, fenomenología – hacia el marxismo. Como lo ha analizado con tanta claridad Oscar Terán, en semejante relectura de Marx, fueron sus claves hegelianas las que predominaron: fueron ellas las que pusieron en primer plano el concepto de enajenación y su posible superación “mediante la apelación a una esencia humana” (Terán, 1993: 98). Fueron precisamente este humanismo y este hegelianismo los núcleos ideológicos que resultarán problemáticos, hacia principios y mediados de los sesenta, cuando ingrese a la Argentina un estructuralismo que reivindicará su conexión con el marxismo, pero desde un lugar antihumanista y antihegeliano.<sup>6</sup> Esta tensión entre marxismo humanista y estructuralismo puede observarse en la polémica entre Sebrelí, por un lado, y Verón y Masotta, por el otro, a la que nos referiremos más adelante en esta introducción.

Otro punto aglutinante fundamental para la nueva izquierda intelectual argentina fue el *antiimperialismo*: el imperialismo fue un concepto tan omnipresente que, al decir de Terán, “el discurso antiimperialista casi no se verá porque, como Dios, estará en todas partes” (1993: 111). Categoría explicativa, “idea-fuerza”, “convicción de época” (Terán, 1993: 114): el antiimperialismo crecía paralelamente al desplazamiento del “eje de la insurrección mundial” (112) desde los países desarrollados hacia el Tercer Mundo. La lucha de clases era entendida como necesariamente antiimperialista, y el

6 Cf. Terán, 1993: 104–110.

único actor social capaz de librarla era el proletariado, dado que luego de las experiencias desarrollistas argentina – la así llamada “traición Frondizi” – y brasileña, las burguesías nacionales se habían mostrado incapaces de liderar transformación revolucionaria – y ni siquiera progresista – alguna. Esta incapacidad de las teorías de la modernización y de las políticas del desarrollismo para alcanzar transformaciones en la sociedad eran leídas como los fracasos e incapacidades propias de unas burguesías que resultaban, en última instancia, aliadas del imperialismo.

Otra característica central del periodo 1955–1966 – particularmente visible en la nueva izquierda intelectual – fue la *politización de la cultura*. Así, desde *Pasado y presente*, por ejemplo, se llegó a postular a “la política como la más elevada forma de actividad del hombre” (Terán, 1993: 143). Terán destaca cierto antiintelectualismo en esta generación que, contra toda “especialización corporativa”, ponía en la política – comprometida, no institucionalizada – el fundamento que daba legitimidad a los intelectuales en un contexto de fuerte deslegitimación de las instituciones políticas del Estado. Y si bien durante aquellos años el Instituto Di Tella representaba para los intelectuales argentinos un espacio de escisión de la vanguardia estética respecto de la vanguardia política, como sostiene Terán, “a medida que avance la década esta separación se va a ir tornando también allí problemática” (143): a través de la censura y de la represión el gobierno de Onganía provocó, a manera de efecto inverso, cierta politización incluso en el Instituto Di Tella.

Tanto Terán como Sigal reconocen en el golpe de 1966 un punto de inflexión en el proceso de politización de la cultura que determinó la reducción de ésta a la política: dicho proceso aceleró la radicalización de los intelectuales – en la misma medida en que el autoritarismo crecía desde el poder – y se extendió hasta 1976. Terán denomina a esta etapa burocrático-autoritaria, “el bloqueo tradicionalista”, momento en el cual sectores de un extremo nacionalismo tradicionalista reaccionan desde valores integristas, familiaristas, espiritualistas y nacionalistas contra lo que consideran “imperialismo ideológico” (todo lo que no provenga de la extrema derecha nacionalista: desde los diferentes sectores de izquierda hasta el moderno Di Tella). En palabras de Terán, la intervención militar de la Universidad fue “la verificación cabal de que todos los caminos institucionales de la cultura

se habían cerrado para siempre, y que con ello era *la autoidentidad misma del intelectual la que debía modificarse*, en un proceso en el cual la relación hasta entonces entablada desde la cultura hacia la política bascularía hasta amenazar con canibalizar desde la política *tout court* el ámbito específico del quehacer cultural” (Terán, 1993: 159; los enfatizados son míos).

Y dicha autoidentidad intelectual fue, en efecto, lo que se transformó entre 1966 y 1976. Según la hipótesis de Terán, entre 1955 y 1966 la nueva izquierda intelectual argentina había producido un entramado discursivo que fue condición de posibilidad del desplazamiento que canibalizó más tarde la cultura argentina desde la política. Pero aclara, además, que si es cierto que dicha condición fue *necesaria*, de ninguna manera fue suficiente, puesto que “dicha *suficiencia* fue aportada por la ruptura del orden constitucional [a partir de 1966] y por el tratamiento acordado desde el nuevo gobierno a la cuestión cultural” (Terán, 1993: 159).

Silvia Sigal (1991: 249), de manera similar, caracteriza la posición de los intelectuales argentinos a fines de los sesenta y primera mitad de los setenta como dominados por la idea reduccionista de que “todo es política”, en una clara radicalización del proceso de politización de la cultura gestado desde 1955. A este respecto, contrapone dos metáforas militares que condensan eficazmente los rasgos de la relación cultura/política durante cada periodo, la *rosa blindada* y la *cámara-fusil*: “Afirmar que la cámara es un fusil es muy diferente, por cierto, que querer blindar una rosa” (Sigal, 1991: 249). Ya no se trataba simplemente del compromiso político del intelectual en su obra, sino de una “*ideologización*” tan fuerte del espacio cultural que los intelectuales sólo pudieron encontrar su identidad crítica “a través de la simbiosis entre cultura y política en una coyuntura pensada en términos de ruptura del orden social” (Sigal, 1991: 16). Ideologización que Oscar Terán pone en términos de “polarización”:

[...] los actores intelectuales de la década argentina del sesenta fueron de tal modo impulsados por una red simbólica y de acontecimientos a presumir que la política misma podía desembocar en un enfrentamiento polarizado sin posibilidad de mediaciones institucionalizadas ni ámbitos de negociación de las diferencias. A veces [...] los conflictos se personificaban en fuerzas antagónicas simplificadas como esencias irreducibles. (Terán, 1993: 133)

Dicha polarización puede leerse en términos laclausianos como un predominio extremo de la lógica del antagonismo y de la equivalencia, por sobre la lógica de la diferencia (Laclau y Mouffe, 2001: 122–134; Laclau, 1988). “Polarización” y “canibalización” de la cultura por la política en la interpretación de Terán; “ideologización” y “simbiosis” cultura/política en el análisis de Sigal: aquello a lo que se alude, en ambos casos, es a una respuesta extrema de los intelectuales a sus condiciones. Respuesta reduccionista, sí, pero sólo pensable a partir del absoluto reduccionismo que, desde 1966, sometió a la cultura y a la política a un único orden: el de la Revolución Argentina.

Ahora bien, según la hipótesis de Silvia Sigal, esta extrema ideologización y canibalización de la cultura, lejos de disolver la identidad de los intelectuales – posición que había planteado Verón en 1974 (Verón, 1974b), que analizaremos en el capítulo 7 – fue la expresión más clara de su radical *autonomía* respecto del sistema político. En ese sentido, Sigal lee el sometimiento generalizado, a partir de 1966, de lo cultural a lo político como “un ejemplo extremo de capacidad de elaboración cultural autónoma, erigiendo e imponiendo *criterios políticos, forjados por los agentes culturales mismos*” (Sigal, 1991: 252). Si esta autonomía de los artistas e intelectuales es evidente, como veremos en la segunda parte de este libro, en la labor de vanguardia tanto teórica como estética que desarrollaron los intelectuales y artistas en el Instituto Di Tella *en un marco de autoritarismo político extremo* a partir del golpe de 1966, esta suerte de primado de lo político-ideológico que eventualmente asumen los intelectuales a fines de la década y ya entrados los setenta, debe leerse como una continuidad de esa misma autonomía, u otra versión de la misma autonomía de los intelectuales argentinos, en la medida en que ambas fueron decisiones de los propios intelectuales que tuvieron como necesaria contracara la ilegitimidad de la política institucionalizada. Es en el contexto de un Estado corporativo, autoritario y hasta 1973 dictatorial, que habría entonces que entender la “denegación discursiva” que efectuaron los intelectuales respecto de la esfera política institucional (Sigal, 1991: 248).

2.3. *El contexto teórico e histórico de los debates intelectuales: la línea Masotta-Verón y la opción por el estructuralismo*

En gran parte de los textos críticos y de las experimentaciones estético-conceptuales que serán explorados en este estudio es evidente la influencia teórica y la impronta conceptual del estructuralismo, de modo que estos textos y prácticas pueden leerse, en un primer nivel de análisis, como efectos de verdaderas intervenciones de singulares agentes de modernización teórica – principalmente Oscar Masotta y Eliseo Verón – en la cultura argentina de los años sesenta. En este sentido, consideramos necesario situar el análisis de estos textos y prácticas experimentales que constituyen el foco de este estudio dentro de los debates que configuran el contexto teórico e histórico de su producción: mediados de los años sesenta, introducción del estructuralismo en Argentina y las disputas que enfrentaron a este pensamiento con los humanismos (marxismos hegelianos, existencialismo, fenomenología).

La introducción del estructuralismo en la Argentina se llevó a cabo en un marco notablemente polémico, en un ambiente intelectual caracterizado – como se ha señalado insistentemente en lo que va de esta contextualización histórico-intelectual – por una creciente polarización teórica e ideológica, y por una fuerte politización de las ideas y de la cultura. Como señala Oscar Terán, hacia mediados de los años sesenta a los intelectuales argentinos críticos – es decir aquellos que habíamos designado como conformando la “nueva izquierda argentina” – se les plantea una especie de dilema o “encrucijada” entre el compromiso político y la modernización teórica (Terán, 1993: 108). Frente a semejante dilema, tan bien condensado en la disyunción masottiana “conciencia o estructura”, Beatriz Sarlo (2001: 95) señala que si Verón y Masotta eligen el segundo término, León Rozitchner opta por el primero. Recordemos aquí que Rozitchner, junto a Juan José Sebreli, Ramón Alcalde, Noé Jitrik y David e Ismael Viñas, fueron los representantes más destacados de la revista *Contorno*, que introduce y desarrolla en la Argentina la crítica literaria sociológica de inspiración marxista. Esta encrucijada expresaría una tensión histórica más general presente en la cultura argentina desde por lo menos el siglo XIX. Por un lado, la

tradición *humanista*<sup>7</sup> (cristiana o marxista), heredera de la fenomenología y el existencialismo y representada por los intelectuales provenientes de *Contorno*, que reconocería en este período una voz paradigmática en la figura de Juan José Sebreli. Por otro lado, la línea *uropeizante y modernizante* que encontraría en Oscar Masotta, Eliseo Verón y en algunos otros intelectuales vinculados al Instituto Di Tella, a sus representantes más destacados. A pesar del hecho de que todos los intelectuales mencionados en este estudio pertenecen a lo que Terán (1993) y Sigal (1991) denominan “nueva izquierda argentina”, esta tensión evidente en el interior del pensamiento progresista podría también leerse como una reactualización de un antagonismo o polarización más fundamental que recorre la historia de las ideas argentinas: aquélla que divide los nacionalismos y latinoamericanismos de los europeísmos o cosmopolitismos modernizantes.

Terán (1993) ubica a mediados de los sesenta – entre 1963 y 1966 – el auge de esta corriente de pensamiento en Buenos Aires, con cierto retraso respecto de Francia (1958). Sin embargo, recordemos que Verón traduce la *Antropología Estructural* de Lévi-Strauss bien tempranamente, en 1961. En el fondo, lo que estaba en juego era la concepción del sujeto, la visión del hombre. En la distinción de Terán, si los defensores de alguna forma de *humanismo* (existencialismo, marxismo hegeliano, fenomenología) sostenían una concepción del sujeto como “portador y árbitro de sus propios significados y sus prácticas” (Terán, 1993: 105), la introducción del *estructuralismo* representaba una amenaza para dicha tradición. El epígrafe, de Bernard Pingaud, con el que introduce Masotta su *Conciencia y estructura* es elocuente: “1945, 1960: [...] El lenguaje de la reflexión ha cambiado. La filosofía, triunfante hace quince años atrás, se borra ahora ante las ciencias humanas: [...] ya no se habla de ‘conciencia’ o de ‘sujeto’, sino de ‘reglas’, de ‘códigos’, de ‘sistemas’; ya no se dice que ‘el hombre hace el sentido’, sino que el sentido ‘adviene al hombre’; no se es más existencialista, se es estructuralista” (Pingaud in Masotta, 1968: 9).

7 Terán (1993: 109) menciona el “hombre nuevo” (Guevara) como ideal aglutinante del humanismo reclamado por un sector de la nueva izquierda intelectual de los sesenta, en figuras como Héctor Schmucler (1931–), Oscar Del Barco (1928–) y Régis Debray (1941–).

El privilegio acordado al lenguaje y sus códigos, la impugnación – como en el caso de Masotta a través del estructuralismo y de Lacan – de aquellas lecturas del marxismo sustentadas en claves existencialistas y hegelianas, en fin, al decir de Terán, “la imagen tan poco voluntarista de un ser humano sujetado por códigos anónimos que tornan dudosas las apelaciones a la transformación revolucionaria” (Terán, 1993: 108), traducían una concepción del sujeto, del sentido y del lenguaje que terminó planteándose, *en la singularidad de los debates argentinos*, como incompatible con el marxismo existencialista o revolucionario o, en el límite, con aquellas formas del compromiso político explícitamente revolucionarias.

Esta tensión (entre marxismo hegeliano y estructuralismo) puede leerse como conflicto antagónico en la polémica que entablan Verón y Masotta – quienes serán dos de los intelectuales claves, algunas de cuyas ideas analizaremos en este estudio – con Sebreli. La polémica puede tomarse como representativa de los debates del periodo, a propósito de los usos y apropiaciones del estructuralismo y del marxismo en la Argentina. Entre 1964 y 1966 Sebreli – intelectual no académico proveniente del marxismo y el sartrismo de *Contorno* – publica dos ensayos de análisis ideológico marxista,<sup>8</sup> que resultaron *best sellers*. Verón (2001c) [1966] entabla, a partir de ellos, un debate con Sebreli analizando sus textos desde la perspectiva de las *Mitologías* barthesianas (Barthes, 1988 [1957]): de acuerdo con los análisis de Verón, Sebreli, lejos de desmitificar fenómenos de masas, estaría produciendo, él mismo, un mito para el consumo masivo: el mito del análisis marxista. Según Verón, los trabajos de Sebreli no producen operaciones analíticas desde la ciencia marxista, esto es, no constituyen una *praxis teórica* (Althusser), sino que simplemente transforman “las operaciones reales del método en gestos de un mito” (Verón, 2001c: 432). Sebreli (2001) [1966] por su parte, descalifica la crítica de Verón como científicista, estructuralista y “neopositivista”, y de algún modo expresa las dificultades que los fundamentos del pensamiento estructural representaban para una franja de la izquierda del periodo: “el concepto de estructura [...] es incompatible – sostenía entonces Sebreli – con la idea de unidad y universalidad de la historia, para no hablar de irreversibilidad o progreso histórico, que constituyen la

8 Se trata de *Buenos Aires, alienación y vida cotidiana* (1964), y *Eva Perón, ¿aventurera o militante?* (1966)

base del pensamiento dialéctico y del marxismo. [...] el hombre deja de ser el sujeto de la historia, el producto de sus propias acciones, para convertirse en un mero ingrediente de la estructura” (Sebreli, 2001: 433); en síntesis: el estructuralismo como amenaza o incluso como negación de la historia y de los agentes humanos. Masotta (2001) [1967], por su parte, sale en defensa de Verón, y considera pretencioso el gesto de Sebreli de inscribir la polémica dentro del debate estructuralismo/marxismo. Para Masotta, Sebreli es simplemente un “ideólogo del peronismo” (Masotta, 2001: 441) que, rehuendo las discusiones teóricas por las urgencias de la política, no realizaría en sus obras verdaderos análisis marxistas, en la medida en que no comprendería el sentido althusseriano de la “praxis teórica”, su autonomía relativa y su articulación con la praxis política (441). Mas allá de este debate específico con Sebreli, desde otras zonas del humanismo marxista, el estructuralismo representaba un verdadero riesgo de alienación en el sentido de clausura de la historia. Oscar del Barco (231; citado por Terán, 1993: 110) lo sintetizó del siguiente modo: “Al privilegiar [Lévi-Strauss] la estructura cerebral por sobre el proyecto de una praxis transformadora del mundo queda preso en un mundo cerrado, alienado y sin posibilidad de rescate”.

Lo que el estructuralismo y su filosofía planteaba entonces como una dificultad insuperable para muchos intelectuales marxistas era, siguiendo el convincente argumento de Terán (1993: 109–110), su carácter *antiantropocéntrico* y *antihistoricista*, pese a los intentos de Masotta (1968) y de Verón (1970) de conciliar ciertas tesis del marxismo con los fundamentos del pensamiento estructural. Son estos dos rasgos los que, según Terán (1993), harían del estructuralismo un pensamiento altamente problemático para el voluntarismo humanista y revolucionario de los sesenta argentinos.

En general, el puente entre estructuralismo y marxismo se hizo vía Althusser, y esto es notable, como lo ha señalado Sarlo, en la revista *Los Libros* desde 1969 (Sarlo, 2001: 98). Masotta y Verón se constituirían en los representantes más destacados de esta izquierda moderna y radicalizada que, distanciándose de las síntesis del materialismo dialéctico, buscaban en el marxismo estructuralista un medio alternativo para dar cuenta de los discursos ideológicos (Sarlo, 2001: 97), aunque muchas veces, esta opción los alejará de las urgencias de la política y de la crítica inmediatamente ideológica. Como veremos en la segunda parte de este trabajo, en *Conciencia y*

*estructura*, Masotta, por ejemplo, sostiene una concepción del marxismo más estructuralista que fenomenológica, es decir, como una filosofía en la que prima la estructura sobre la conciencia. Según Jacoby, la teoría marxista le ofrecía a Masotta una suerte de control para “curarse de la ilegitimidad”, esa “forma específica de la alienación de la clase media” (Jacoby, 1999: 281). Es desde la noción althusseriana de *praxis teórica* que Masotta descalifica los trabajos de Sebrelí como no analíticamente marxistas y los tilda de ilegítimos. Masotta empezará a vislumbrar en este periodo una fructífera articulación – que desarrollará a lo largo de los años setenta – entre marxismo y estructuralismo a través del psicoanálisis laciano. Verón, por su parte, desde los años sesenta hasta los ochenta, construye una sociosemiótica que articula la noción marxista de “sistema productivo” (producción/circulación/reconocimiento-consumo) con el análisis semiótico de los discursos sociales (Cf. Verón, 1987d y Verón, 1997).<sup>9</sup>

En este estudio, nos ocuparemos de recorrer las intervenciones de esta línea de pensamiento en la cultura argentina a través de la trayectoria de una serie de intelectuales entre quienes se destacan, como adelantáramos más arriba, Oscar Masotta – en relación con la crítica de arte – y Eliseo Verón – en relación con la sociología, la semiología y la comunicación de masas. La especificidad un tanto inusual de estos intelectuales residió en su singular posicionamiento en el campo intelectual argentino: su simultánea adscripción a la así llamada nueva izquierda intelectual y a un pensamiento modernizador y europeizante; esto es, por un lado, provenientes de un marxismo renovado, impugnador de la tradición marxista argentina y las alianzas y articulaciones que ésta había producido históricamente con el liberalismo, pero por otro lado, cosmopolitas y modernizadores del campo intelectual, y en este sentido, bastante alejados del compromiso generalizado – dentro de la nueva izquierda argentina – de concentrar su foco de atención en pensar políticamente la cuestión nacional y latinoamericana en directa relación con el antiimperialismo, y de intervenir sobre ella.<sup>10</sup>

9 Sobre el proyecto de un estructuralismo marxista en Verón, véase también Terán, 1993: 107.

10 Se le debe reconocer a Verón, sin embargo, su permanente preocupación y reflexión sobre la producción de conocimientos en las condiciones latinoamericanas de

Si bien existen, por supuesto, importantes singularidades y diferencias entre los intelectuales, artistas y críticos de quienes nos ocuparemos en este estudio, nos concentraremos fundamentalmente en sus puntos en común en torno a la constitución de un discurso – plural, no monolítico, pero reconocible como discurso – de la mediatización. A manera de ejemplo, Masotta y Verón desarrollaron trayectorias intelectuales de modernización claramente diferenciadas, a punto tal que críticos como Steimberg (1999: 67) llegaron a considerarlos verdaderos paradigmas de dos “modos de conflicto con las lecturas tradicionales de las ciencias sociales y de los estudios de la cultura”, pero ambos autores confluyeron en la etapa “estructuralista” de Masotta alrededor de su preocupación común por problemas de lenguaje vinculados al proceso de mediatización de la sociedad y de la cultura. Si bien ciertas diferencias entre los intelectuales se manifestaron en una polémica a principios de los setenta, entre psicoanálisis (Masotta) y semiótica (Verón),<sup>11</sup> de hecho, sus preocupaciones comunes y su fructífero diálogo hacen posible considerarlos como dos voces dentro de una

---

dependencia económica, cultural y científica, tanto en sus intervenciones al respecto en *Lenguajes* (de las que nos ocuparemos en los capítulos 6 y 7) como en su importante libro *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la Argentina* publicado en 1974 (ver Verón, 1974a).

- 11 La polémica se planteó en 1970 a partir de diferencias en las respectivas lecturas de un texto visual, un anuncio publicitario gráfico de Van Heusen que puso en juego la distancia entre los presupuestos teóricos de la semiótica de la imagen y de la acción propuesta por Verón (1972 [1970]) sustentándose en Peirce, Bateson y Ekman, y la aproximación lacaniana de Masotta (1976 [1971]). El artículo inicial fue el análisis de Verón titulado “L’analogique et le contigu (Notes sur les codes non digitaux)”, publicado por la revista *Communications*, 15, Paris, Editions du Seuil, 1970, pp. 52–69 [Traducción castellana: “Lo analógico y lo contiguo: sobre los códigos de la acción”, aparecido en la segunda edición de *Conducta, estructura y comunicación*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1972; capítulo VI]. Masotta (1976) responde polémicamente en su ponencia leída en el Primer Simposio Argentino de Semiología (Buenos Aires, octubre de 1970), y luego publicada como artículo bajo el título “Reflexiones transemióticas sobre un bosquejo de proyecto de semiótica translingüística”, en *Cuadernos Sigmund Freud*, Vol. 1, Buenos Aires, mayo de 1971; y reproducida en *Ensayos lacanianos*, Barcelona: Editorial Anagrama, 1976; pp. 91–107 [cito de esta última edición].

misma tendencia más general que durante los años sesenta y setenta bregó por una modernización tanto de la crítica cultural como de las ciencias sociales argentinas.

### 3. Corpus y esquema de organización por capítulos

El eje central que articula el recorrido y los argumentos de este trabajo es el estudio descriptivo y analítico de una configuración discursiva – el discurso de la mediatización – y sus vínculos con otras dos configuraciones argumentativas: el discurso de la alienación y el discurso de la dependencia. El estudio se concentra no obstante en el discurso de la mediatización tal como éste deja leerse en un corpus constituido por dos series o grupos de textos y prácticas crítico-culturales. En primer lugar, las obras experimentales y las teorizaciones críticas sobre el *pop art*, las ambientaciones, los (anti)happenings y el arte mediático realizadas en el marco del Instituto Di Tella, y en segundo lugar, las trayectorias y los debates teóricos y críticos entablados entre dos revistas y dos proyectos intelectuales especializados en el campo de las comunicaciones y la cultura de masas: *Lenguajes y Comunicación y cultura*.

El presente estudio está organizado en tres partes. La primera parte presenta el contexto histórico e intelectual del periodo considerado (1965–1978) y ofrece el marco teórico que sirve de guía a los análisis realizados y las interpretaciones formuladas en la segunda y tercera parte. Así, el capítulo 1 es fundamentalmente teórico en la medida en que sienta las bases conceptuales de todo el trabajo. Es así que, por un lado, se exponen los conceptos y argumentos centrales de lo que en este estudio se entiende por “discurso de la mediatización” – en tanto que foco principal del trabajo – a través de una relectura sistematizadora a la vez que crítica del pensamiento contemporáneo y post-metafísico sobre las categorías clave de “medio”, “mediatización”, “artefactualidad”, “actuvirtualidad” y “tele-tecno-cultura”; y, por otro lado, se examinan críticamente las principales operaciones argumentativas del discurso del imperialismo y de la dependencia cultural-mediática a los

finés de comprender el contexto histórico-intelectual de emergencia del discurso de la mediatización.

La Segunda Parte ofrece un análisis detallado del discurso de la mediatización – y de algunas de sus conexiones con el discurso de la alienación – tal como éste deja leerse en las experimentaciones estéticas con materiales mediáticos – y particularmente, con tecnologías massmediáticas – llevados a cabo en el CEA [*Centro de Experimentación Audiovisual*] del Instituto Di Tella en Buenos Aires. La hipótesis de trabajo, entonces, es que el discurso de la mediatización emerge en el interior del entramado argumentativo de los propios análisis inmanentes – efectuados por figuras intelectuales clave del periodo tales como Oscar Masotta, Roberto Jacoby, Alicia Páez y Eliseo Verón – del *pop art* (capítulo 2), las ambientaciones, los (anti)happenings y el arte mediático (capítulos 3 y 4) producidas en el marco del Instituto Di Tella. A lo largo de esta Segunda Parte se postula que el discurso de la alienación – sin ser el foco del presente estudio – llega a emerger en los textos analizados cuando dichos críticos, artistas e intelectuales se abocan a pensar la dimensión social y la función política de tales experimentaciones estéticas, en un segundo momento, a manera de suplemento o añadido de la interpretación estructural-inmanente propuesta en primera instancia, pero aparece también en tensión crítica con el discurso de la mediatización. Finalmente, el capítulo 5 propone una reflexión sobre las principales operaciones argumentativas del discurso de la mediatización tal como emerge del corpus considerado, y sus diferencias y desafíos al discurso de la alienación. Para lo cual, el capítulo desarrolla y avanza sobre la base de los análisis de las obras y textos críticos efectuados de los capítulos 2, 3 y 4, identificando aquellas operaciones argumentativas e interpretativas más generales y llevándolos a un ulterior nivel de teorización: nos concentramos aquí en el propio proceso ditelliano de elaboración de conceptos clave como “discontinuidad”, “ambientación” y “medio” a través de procedimientos experimentales de *inversión*, y en qué medida estos conceptos son potencialmente capaces de operar desplazamientos o trastocamientos en los sistemas conceptuales y las lógicas discursivas por entonces dominantes. El capítulo 5 – y esta Segunda Parte – cierran con una pregunta por *la singularidad de lo político* en los aportes ditellianos respecto del problema de la mediatización y

con una exploración sobre los modos de leer políticamente sus herencias conceptuales, teóricas y estéticas.

La Tercera Parte aborda ciertas tramas que dejan leerse como formando el entramado del discurso de la *mediatización*, y que proponemos estudiarlas en estrecha relación con el discurso de la *dependencia* durante los setenta argentinos. En primer lugar, se ofrece una exploración de las trayectorias de las dos revistas claves en el campo – *Lenguajes y Comunicación y cultura* – y su contextualización a través de una exploración de la emergencia del discurso de la dependencia cultural en la Argentina a principios de los setenta tomando como texto paradigmático el ensayo *Neocapitalismo y comunicación de masa* de Heriberto Muraro (capítulo 6). En segundo lugar, se presenta un análisis detallado del debate entablado entre las revistas *Lenguajes y Comunicación y cultura* a mediados de aquella década (capítulo 7). Si el discurso de la mediatización deja leerse como esbozado en los textos e intervenciones de *Lenguajes* a manera de herencia del discurso ditelliano de la mediatización, el discurso de la dependencia provee el marco argumentativo dominante para la crítica ideológica de los medios y los debates sobre cultura mediática en las sociedades latinoamericanas, apareciendo también explícitamente en la forma del discurso del imperialismo cultural-mediático sustentado por *Comunicación y cultura* y por textos claves del periodo como el texto ya mencionado de Heriberto Muraro *Neocapitalismo y comunicación de masa*.

Finalmente, las Conclusiones de este estudio reconsideran de un modo más distanciado y crítico el discurso de la mediatización durante el periodo considerado, a la luz de las operaciones de inversión y desplazamiento que pueden leerse y derivarse sucesiva y cumulativamente de cada uno de los análisis específicos de los textos críticos, debates intelectuales y prácticas experimentales efectuados en los capítulos previos. Más aun, las conclusiones enfatizan y especifican las todavía no reconocidas contribuciones innovadoras y pioneras del discurso argentino de la mediatización – aventurando la hipótesis de una “proto-teoría” de la estructuración (Giddens), implícita y subyacente, en el contexto de un campo crítico-cultural fuertemente dominado por los discursos de la dependencia y de la alienación.